

ANTIGUEDADES ASIRIAS.



Un descubrimiento por M. Layard, en Nemrod. — Composicion y dibujo de GILBERT.

M. Austen Enrique Layard, viajero inglés, había recorrido el Asia Menor y la Siria durante el otoño de 1839 y el invierno de 1840, visitando Mossul y los alrededores de aquella ciudad en cuyo sitio se supone existió la antigua Nínive.

En 1845 M. Layard dió muchos pasos en Constantinopla cerca del embajador de Inglaterra á fin de que este le procurara los medios para tomar parte en ese gran trabajo de descubrimiento que tanto preocupaba entonces á las corporaciones científicas de toda la Europa. Sir Strafford Canning

—PARIS.—IMP. BLONDEAU.

comprendiendo la grandeza del proyecto de M. Layard, puso á su disposicion los fondos necesarios para subvenir á los gastos de su viaje, y de las escavaciones que se proponia hacer.

M. Layard salió de Constantinopla en el mes de octubre de 1845, y llegado á Mossul, presentó sus credenciales al gobernador de la provincia, Mehemed Bajá, aunque guardando el secreto de su viaje, porque temia encontrar oposicion por parte de este funcionario.

El 8 de noviembre salió de Mossul, acompañado de un

albañil y provisto de escopetas, cuchillos, y otras armas para suponer que iba de caza, y entrando en una pequeña balsa bajó el río Tigris en cinco horas, llegando al sitio en donde debía detenerse, á poca distancia de las aldeas de Naifa y de Nemrod, sitio en que se encontró con unos cuantos árabes de la tribu de Jehesh, que andaban errantes para sustraerse á los impuestos del Bajá. Su jefe se llamaba Awad ó Abd-Allah. M. Layard pudo decidir á este hombre á que le secundara en sus proyectos, ofreciéndole dinero, y en efecto despues de una noche pasada sin poder dormir en una miserable cabaña de Naifa, al despuntar el alba, el viajero se puso en marcha con Awad, los otros seis árabes y el albañil. Bien pronto se encontraron en la aldea de *Nemrod*, nombre que dan los árabes á un gran número de localidades donde se encuentran ruinas. Sabido es que ningún recuerdo hay mas noble é imponente en esa parte del Asia que el de Nemrod, el gran cazador, el fundador de Babilonia.

En todo trabajo de exploración, lo mas importante es la eleccion del sitio donde debe principiarse: M. Layard le habia escogido en Constantinopla, en su despacho, y ayudado con el recuerdo de sus primeras escursiones, se dirigió hácia un monton de ruidas que se eleva á veinte minutos de camino, al este de la aldea de Nemrod. « Las ciudades antiguamente tan famosas de la Asiria y del Egipto, dice M. Fernando Hofer, no son hoy otra cosa que unos terraplenes ó montecillos, que el pueblo ignorante hasta lo sumo toma por sepulcros de gigantes. La ignorancia posee á veces un encanto poético. Esos montecillos cubiertos de yerbas que se secan durante los calores del estío, muestran aquí y allá en las quebraduras abiertas por los torrentes del otoño, los despojos que guardan en su seno. Unos cuantos fragmentos de vasijas, de alabastros y ladrillos son por lo regular todo lo que queda de una ciudad antigua; y estos restos que entristecen el alma contrastan singularmente con el aspecto que nos ofrecen en el Asia Menor las ruinas griegas y romanas que se señalan á lo lejos por esbeltas columnas que se elevan graciosamente de en medio de un bosque sombrío de mirtos y laureles. »

En el mes de noviembre, la verdura y las flores están ausentes de la tierra. El montecillo estaba árido y pelado, viéndose esparcidos en él pedazos de cacharros y de ladrillos. « Los árabes, dice M. Layard, espiaban todos mis movimientos, viendo con sorpresa que recojia aquellos objetos sin ningún interés á sus ojos. Bien luego echaron una mano todos ellos y me presentaron algunos escombros entre los cuales descubrí con alegría un fragmento de bajo-relieve. La piedra habia estado espuesta al fuego y se parecia enteramente á los espejuelos quemados de Khorsabad. Convenido por este descubrimiento de que hallariamos otros restos de sepulcros, me puse á buscar un sitio donde pudiésemos emprender las escavaciones con algun éxito. Awad me llevó á un pedazo de alabastro que se descubria al nivel del suelo, y que no tuvimos dificultad en levantar; entonces vimos que era la parte superior de una ancha losa. Mandé á todos los demas que cavasen un poco con nosotros, y al punto salió á la vista una segunda losa que habia estado unida con la primera. Continuando de este modo, descubrimos hasta diez en toda la mañana, que formaban un cuadro; una sola piedra faltaba en el ángulo noroeste; era evidente que habíamos descubierto un cuarto. ... Al día siguiente cinco turcomanes de Selameyah, atraídos por la perspectiva de un buen salario, vinieron á aumentar mi cuadrilla; y con su ayuda antes de anohecer me hallé en un aposento edificado con piedras de unos ocho piés de altura sobre cuatro ó seis

de ancho, colocadas perpendicularmente y bien unidas entre sí. En el suelo hallé algunos adornos de marfil con señales de haber sido dorados. Veíase una figura de hombre vestido con una larga túnica, teniendo en una mano la cruz con asas de los egipcios, una esfinge sentada, y algunas flores dibujadas con arte y elegancia. »

Tal fué el principio de los importantes descubrimientos que hizo M. Layard en el montecillo de Nemrod. Los bajos-relieves, esculturas é inscripciones que sacó de allí se hallan en el Museo Nacional de Londres.

Ahora vamos á extraer de la obra de M. Layard donde se hallan consignados todos sus descubrimientos, la relacion de un episodio que M. Gilbert ha figurado en la composicion que acompaña á este artículo y que da una idea singular de la supersticion árabe:

« Una mañana dice M. Layard, volvia del campamento del sheik Abd-ur-Rahman y me dirigia hácia el montecillo donde habíamos practicado las escavaciones, cuando vi dos árabes de su tribu, que corrian á galope, que al llegar á mí se detuvieron diciéndome con un acento extraño: « Apresúrate, oh bey, corre á los obreros que han hallado al mismo Nemrod! Wallah! esto es maravilloso, pero es verdad; nosotros lo hemos visto con nuestros propios ojos. No hay otro Dios que Dios! » Y dicho esto, repitiendo los dos juntos esta última exclamacion, salieron otra vez al galope con direccion á sus tiendas. Yo apresuré el paso, y cuando llegué á las ruinas bajé á un hoyo acabado de abrir, donde hallé á los trabajadores, que ya me habian visto, agrupados delante de una especie de muralla que habian hecho á toda prisa con cestos y con capas. Awad se adelantó hácia mí, y me pidió un presente para celebrar el descubrimiento que acababan de hacer, y al mismo tiempo los árabes echando abajo su muralla improvisada me descubrieron una enorme cabeza esculpida en alabastro del país¹; lo demas del personaje estaba enterrado todavia. Al punto reconocí en este esculpido uno de aquellos bueyes ó leones alados que se descubrieron en Khorsabad y en Persépolis. Se hallaba magníficamente conservado; su expresion era sosegada y magestuosa. La linea de los contornos atestiguaba una libertad de estilo y un conocimiento del arte que no podia esperarse en una obra de tiempos tan remotos. El terror y la estupefaccion de los árabes no me extrañaron; aquella cabeza gigantesca, blanqueada por los siglos, elevándose así de repente de las entrañas de la tierra, habia debido recordar á sus vivas imaginaciones, uno de esos seres espantosos que, segun las supersticiosas tradiciones del país, se suelen aparecer á los mortales subiendo lentamente de las regiones inferiores. Uno de los árabes, al descubrir el monstruo, arrojó su cesto y echó á correr hasta Mossul, circunstancia que me contristó mucho, porque me hice cargo de sus consecuencias.

« En tanto que mandaba descubrir la sepultura y que daba órdenes para que quitasen con precaucion la tierra que cubria el cuerpo, oí un ruido de pasos de caballos y bien luego se presentó á la boca del hoyo Abd-ur-Rahman, á la cabeza de la mitad de su tribu. Así que los dos árabes que me encontré en el camino llegaron á las tiendas, hicieron circular la noticia del acontecimiento extraordinario que acababan de presenciar, y al instante todo el mundo montó á caballo para juzgar por sí mismo si era verdad lo que se decia. Al descubrir la cabeza, exclamaron todos: « No hay otro Dios

¹ No se vé esta cabeza en nuestro grabado; se supone que está en el hoyo debajo del bajo-relieve; un árabe la está mirando con señales de sorpresa y de terror, y otro la señala al viajero inglés con un ademán enérgico.

que Dios, y Mahoma es su profeta. » Mucho tiempo pasó antes de que el sheik pudiese determinarse á bajar al foso para cerciorarse de que lo que tenía á la vista era un ser de piedra. Esta obra, murmuró al fin, está hecha no por hombres, sino por la mano de gigantes infieles cuyo profeta dice que eran mas grandes que las mas altas palmeras. Este es uno de los idolos que maldijo Noé antes del diluvio. » Esta opinion gravemente manifestada, fué aceptada, despues de una atenta observación, por todos los árabes presentes.

« Yo mandé que se quedaran dos ó tres hombres cerca de las sepulturas para guardarlas, y cuando volvi á la aldea, hube de celebrar el descubrimiento de aquel dia, haciendo asar un carnero para comerlo con los árabes. Ademas, como dió la casualidad de que habia algunos músicos ambulantes en Selameyah los mandé á buscar, y una gran parte de la noche se pasó bailando. Al dia siguiente acudieron los árabes de toda la comarca á admirar las sepulturas: hasta las mismas mujeres no pudieron resistir á la curiosidad, y corrieron en tumulto con sus hijos en brazos, costándonos mucho trabajo el impedir que aquella muchedumbre no se precipitara en el hoyo. »

HIPOTESIS

SOBRE LA FORMACION DEL ANILLO DE SATURNO.

El planeta Saturno ofrece á la consideracion de sus observadores el espectáculo mas sorprendente de cuantos nos presenta el estudio de la astronomia. Un globo inmenso rodeado de una especie de anillo que siempre le acompaña, y que recorre con él una misma órbita, es un hecho que por su singularidad parece que ha privado á los hombres hasta del recurso de aventurar una hipótesis. Voy á esponer una sobre tan extraordinario fenómeno, y tengo esperanzas de que el cálculo, las observaciones y los experimentos, vendrán despues á robustecerla.

Se sabe que una masa líquida abandonada á si misma tiende á tomar una forma esférica, la cual toma efectivamente, siempre que una causa extraña no se lo impida. Sábese asi mismo, que una esfera líquida que gira sobre su eje, se aplasta por sus polos, y se estiende en el sentido de su círculo ecuatorial. Es evidente asimismo, y consta ademas por experimentos que lo comprueban, que aquel aplastamiento y dilatacion, son en igualdad de circunstancias tanto mayores, cuando es mayor la velocidad de la rotacion.

De lo dicho se deduce, que si el movimiento de rotacion de una esfera líquida va aumentando gradualmente, su eje de rotacion irá gradualmente disminuyendo, y que llegará el caso en que aquel eje llegue á ser tan pequeño, que la esfera haya pasado á tomar una forma aplastada y circular, de poquísimo espesor en su centro, aunque algo mas gruesa hácia sus bordes. Si la fuerza centrífuga crece por haberse hecho la rotacion aun mas rápida, llegarán á coincidir los dos polos de la esfera; y si la rotacion se hace aun mayor, la plasta circular en que la esfera se habia transformado, tomará la forma de un anillo aplastado tambien, cuya abertura será tanto mayor, cuanto mayor sea la velocidad de su rotacion.

Esto sentado, si viésemos girar por el espacio una multitud de planetas anulares, ¿deberia por esto aumentarse nuestra admiracion? De ningún modo, pues esto no tendria mas de extraordinario que el hecho tan conocido del aplastamiento de varios planetas. El globo en que habitamos sería

anular si la velocidad de su rotacion hubiese sido suficiente para ello: aqui suponemos, como parece indudable, que la tierra fué líquida ó casi líquida en su principio.

Ya se vé, por lo que dejo dicho, que el anillo de Saturno no es para mi otra cosa que un planeta convertido en anillo por la velocidad de su rotacion, ó lo que es lo mismo, por su fuerza centrífuga. Segun esto, Saturno y su anillo son dos planetas concéntricos; y si en vez de ser el anillo uno solo como sienten unos, se compusiese de dos, como quieren otros, la esplicacion sería la misma.

Para dar razon ahora de cómo han podido colocarse Saturno y su anillo en una posicion concéntrica, basta suponer que la esfera que los produjo á entrambos se componia de materias de muy desiguales densidades. En este caso, obedeciendo á las leyes físicas, la materia mas densa abandonó el centro que ocupaba y pasó á tomar la forma de anillo, mientras la menos densa descendió al centro y tomó una forma sensiblemente esférica. Paso ahora á esponer varias consideraciones que tienen relacion con las ideas anteriormente espuestas.

Para mejor esplicarme distinguiré dos ejes en una esfera que gira; el de rotacion, y otro que llamaré de *gravitacion*: este último es aquel que prolongado va á pasar por el punto á que se dirige por su natural gravedad el centro de la esfera. El eje de rotacion puede coincidir con el de gravitacion, serle oblicuo, ó finalmente, serle perpendicular.

Ahora, cuando el eje de rotacion coincida con el de gravitacion, la esfera se trasformará en un esferoide; sus aplastamientos serán circulares, y el eje de rotacion será perpendicular á estos círculos, que podrán considerarse como bases de un cilindro recto. Si por la velocidad de su rotacion pasase la esfera á formar un anillo, los bordes de este serian dos círculos concéntricos.

Despues de haber abandonado el supuesto de que la tierra fuese esférica, se creyó que su forma era esferoidal. Esta opinion se halla abandonada porque no está conforme con los resultados que se han obtenido en las mediciones que se han practicado de varios arcos de meridianos. Y en efecto, para que la tierra fuese un esferoide, sería necesario que su eje de rotacion coincidiese con su eje de gravitacion, ó lo que es lo mismo, sería necesario que la prolongacion del eje de rotacion de la tierra pasase por el centro del sol, que es el punto á que próximamente se dirige por su natural gravedad el centro de nuestro globo; y digo próximamente, porque hay que tener en cuenta el influjo de las demas atracciones planetarias.

Supongamos ahora que el eje de rotacion es oblicuo al eje de gravitacion. La esfera en este caso se aplastará por sus polos, pero de tal manera, que los aplastamientos en vez de ser los círculos, serán dos elipses. Estas dos elipses serán mas ó menos escéntricas, segun sea mayor ó menor la oblicuidad de los dos ejes de la esfera. Aquí el eje de rotacion será oblicuo á los planos de aplastamiento, por manera que las dos elipses polares podrán considerarse como las dos bases de un cilindro oblicuo. Si la esfera pasase en el supuesto que nos ocupa á formar un anillo, este tendria una forma próximamente elíptica; y esta es, en mi concepto, la verdadera figura del anillo del Saturno. Algunos han creído que aquel anillo es de forma circular, y que el aparece como una elipse á nuestra vista es debido á las leyes de la perspectiva. Pero toda vez que el eje de rotacion del anillo sea oblicuo á su eje de gravitacion, su forma será forzosamente elíptica; y lo único que hará en este caso la

perspectiva, sera presentarnos la elipse mas escéntrica de lo que es en realidad.

La opinion que en el dia corre acerca de la figura de la tierra es de que es un elipsoide aplastado por los polos. Si esto fuese así, los aplastamientos polares serian círculos, y todos los meridianos terrestres serian iguales. Pero con arreglo á nuestras consideraciones, la tierra no es un esferoide ni un elipsoide, bien que se aproxima á una y otra de estas dos formas. En la que le asignamos, solo serán iguales cada dos meridianos opuestos; habrá dos meridianos máximos, que serán los que pasen por los extremos de los diámetros mayores de las elipses polares; y habrá dos meridianos mínimos, que serán los que pasen por los extremos de los diámetros menores de dichas elipses.

Ahora pudiera examinarse qué figura tomará la esfera cuando un eje de rotacion sea perpendicular á su eje de gravitacion; pero no haciendo esto al caso presente, me abstengo de considerar este supuesto.

PLATA LABRADA DEL SIGLO XVI.

La altura del jarron es de 30 cent.; el perímetro tiene 50; y el diámetro es de 45.

El jarron se halla dividido en tres zonas; la de en medio está subdividida en tres compartimientos, en cada uno de los cuales se ve representada una de las tres virtudes teológicas: la Fe, la Esperanza y la Caridad. La que se halla á la vista es la primera, que está representada ante un altar, teniendo en una mano las Escrituras y en la otra la Cruz, y hollando á sus piés una calavera. La Esperanza y la Caridad tienen sus atributos ordinarios: el áncora la primera, y la segunda los niños y el cuerno de abundancia.

Las otras dos zonas se hallan adornadas con figuras de fantasía, como caballos alados, mascarones, genios etc. En el cuello se ven dos mascarones, y en la parte superior del asa hay una mujer en cariatida. El pié tiene dos bordes labrados.

Los adornos del platillo son mas notables que los del jarro; el artista ha desplegado en ellos todas las riquezas de su imaginacion con todos los recursos del arte.

La idea dominante es que la temperancia es necesaria al hombre que quiere descollar en las artes y ciencias; por eso la figura de esta virtud se halla representada en el centro del plato.

El artista que deseaba sin duda que no pudiese haber equivoco ninguno sobre su pensamiento, puso un letrero con los nombres de todas sus figuras alegóricas. Así pues, al rededor del asunto principal se lee *TEMPERANTIA*, viéndose una mujer sentada en medio de un risueño paisaje con un jarro en una mano y una copa en la otra; los accesorios que la rodean son otras tantas alegorias ingeniosas alusivas á los beneficios del agua, como la hoz, simbolo de la cosecha; el tridente de Neptuno, el caduceo de la Paz, y la Antorcha del Amor apagada por la temperancia. Al rededor del centro del platillo se ven los cuatro elementos en elegantes cartuchos separados por cariatidas. El Aire está representado por Mercurio; el Agua, por la ninfa de un rio; la Tierra, por una hermosa mujer echada con un hacedillo de espigas, y el Fuego, por un Marte sentado, con el rayo y la espada en la mano para indicar las propiedades destructoras de este elemento, cuya utilidad tambien se manifiesta por medio de un horno de cal de donde salen llamas. Tambien se distingue

una salamandra, ese animal fabuloso, que segun decian, podia existir dentro del fuego. El borde del platillo se halla ocupado por ocho cartuchos separados por medio de motivos alegóricos y de caprichos que seria difuso enumerar aquí, pero que tambien son alegóricos. En cuanto á las ocho composiciones, se hallan ligadas con la idea principal de que la temperancia fecundiza la ciencia. En efecto, estas ocho composiciones se hallan consagradas á las siete artes liberales, y á Minerva, esto es, á la sabiduria divina á quien deben su inspiracion todas.



E. THEROND.

Jarro de estaño, por Francisco BAIOT.—Dibujo de Therond.

En la época en que suponemos se ejecutó esta obra, durante la segunda mitad del siglo XVI, no se habian olvidado aun las ideas de la edad media. Los dioses del Olimpo, resucitados por los escritores del renacimiento, se iban mezclando ya al séquito mas severo de esa musa de la edad media, tan poco conocida aun, que llaman la *Escolástica*; pero aun separándose de las doctrinas de la escuela, las fórmulas quedaban existentes como antes. De este modo, para no hablar aquí sino de lo que tiene relacion con nuestro asunto, contábanse aun cuatro elementos y siete artes liberales; pero ya estas últimas, que se ven en nuestro platillo, no son las mismas que las que se enseñaban en las escuelas de Paris en el siglo IX.

En la célebre clasificacion de las artes y ciencias llamada

el *Trivium* y el *Quadrivium*, ó las *Siete artes liberales*, clasificacion atribuida á Marcius Capella, escritor del siglo V, las tres artes del *trivium* (tres caminos que llevan á la verdad) son la gramática, la dialéctica y la retórica, y las cuatro ciencias del *quadrivium* (cuatro vias) son la geometría, la aritmética, la astrología y la música. Aquí las tres

artes son las mismas, y se siguen en el mismo orden; pero las ciencias no. La música se ve como la primera ciencia, porque en efecto durante mucho tiempo la música fué considerada como uno de los conocimientos humanos de mas importancia; pero el cambio mas notable es que la geometría ha desaparecido, confundida con la aritmética ó con la



Platillo del jarro, por BRIOT.—Dibujo de THEROND.

música, dejando su puesto á la arquitectura, sin duda á causa del brillo de la arquitectura del renacimiento, que tan largo tiempo debia enseñar el desden por las maravillas de la edad media.

La Gramática, la primera de las artes en las ideas de la escuela, está representada por una mujer con una fuente, esto es, el manantial de todas las ciencias. La Rialéctica tiene delante un libro abierto; en la mano derecha un rollo, y en la izquierda cuatro llaves que oculta por detras, llaves que abren las puertas del entendimiento humano. La retórica tiene un corazon inflamado y la mano izquierda sobre el corazon para indicar de donde sale la verdadera elocuencia. La Música tiene un bandolin, la Aritmética un reló, la Arquitectura una regla y un compas, y la Astrología un astrolabo.

Francisco Briot, el autor de esta obra maestra de platería, que se halla hoy en el Museo de Cluni de Paris, no fué conocido durante mucho tiempo, sino entre los pocos aficionados que poseian ejemplares en estaño de este jarron y platillo: tuvo la precaucion de firmar su obra, pero su firma se oculta modestamente por detras del platillo, teniendo que volverle para hallarle al rededor de un medallon con el retrato del artista modelado por él mismo.

EL CASTILLO DE HILTON.

PROCESO CRIMINAL.

(Véase la pág. 333.)

De las paredes de la mayor parte de los aposentos cuelgan girones de papel podridos: en dos ó tres de las piezas

mayores subsisten aun el cielo-raso recubierto de estuco y pintado al fresco; algunos bustos igualmente pintados adornan las paredes: un ojo escrutador encuentra en estos borrados vestigios varios recuerdos mitológicos. Percíbese á Venus con su hijo Cupido, bastante deteriorados ambos. Por su casco reconoció á Minerva y á Apolo por su lira: una cabeza de anciano coronada me hizo titubear entre Júpiter y algun monarca sajón, Athelstane ó cualquier otro; pero me quedé en la duda. En cuanto á los retratos de los Hilton y otros adornos mencionados en las antiguas topografías del condado, no queda de todo ello el menor rastro.

Empero, hémos aquí, despues de tantos preliminares, que hemos llegado á la mas reciente y mas notable de todas las crónicas que tienen relación con la existencia de este monumento feudal.

Habiendo cesado de pertenecer á la familia de los Hilton, pasó á la de los Bowes que son en la actualidad los poseedores. Data esta última desde la conquista, y señalada con frecuencia en la historia del país, ha suministrado al ejército mas de un valiente caballero, y á las fronteras del Norte mas de un temible guardian. Los Percy, los Conyers, los Ravensworth, los Cumberlans, se han creído honrados con su alianza, y las baladas populares han conservado el nombre de sir Jorge Bowes, que en tiempo de Isabel, resistió casi solo á la insurrección de los condes de Westmoreland y de Northumberland.

Mary Eleanor, única heredera de tan estensa y poderosa familia, había casado con el noveno conde de Strathmore, que tomó en esta ocasión el título de Bowes. El conde murió en Lisboa en 1776 dejando á su joven esposa varios bienes considerables y una viudez difícil de conservar en medio de los numerosos pretendientes que se disputaban su mano. Mary Eleanor no era solo una mujer encantadora, viaracha y perfecta, sino que tambien se había adquirido renombre literario, y pasaba por una de las mejores botánicas de su tiempo. Los literatos y hombres de ciencia eran bien acogidos en la magnífica casa que habitaba en Lóndres, Grosvenor-Square. Sus estensos jardines y sus templados invernaderos en Chelsea le costaban cada año sumas considerables, empleadas principalmente en el cultivo de las plantas exóticas.

Ademas de sus dominios en el Middlesex, tenia en Paul's Walden, en Gibside y en Barnard-Castle deliciosas casas de campo, inferiores sin embargo á sus dos castillos de Streatham y de Hilton. Su biógrafo, M. Jesse Foot, cirujano por mucho tiempo de Stoney Bowes, nos ha dejado una minuciosa descripción de las gracias que le adornaban cuando apenas contaba treinta años. «Tenia, dice, una robustez y frescura agradables, un rostro notablemente bello, y era un poco baja de estatura. Tenia negro el cabello; era algo miope, y la expresión de sus ojos anunciaba una gran serenidad de corazón; solamente una especie de gesto convulsivo alteraba la tranquilidad de su rostro redondeado, cuando se sentía agitada por algun accidente: su mandíbula inferior algo maciza, se movía entonces de derecha á izquierda con un estremecimiento singular. Sus dedos eran chiquitos y su mano perfectamente modelada.»

Se puede por tanto imaginar que una mujer de tantos atractivos podría hallarse á la muerte de su esposo rodeada de obsequios numerosos y servidores solícitos. Mary Eleanor los atraía y cautivaba con su viveza y buen humor, su interesante gracia, sus variados conocimientos, y sobre todo con el rico premio que ofrecía á las especulaciones de una galantería interesada. Así fué como los mas serviles adora-

dores se prosternaron á sus plantas; hombres de alta gerarquía y de grandes riquezas se disputaron el honor de llevar sus cadenas. Uno de ellos, M. Gray, que había vuelto de las Indias con una fortuna inmensa, pareció al pronto destinado á reemplazar al conde de Strathmore; pero no tardó en ser desbancado por un intrigante audaz, y la condesa cayó en poder de uno de los malvados mas completos que la época moderna ha producido.

Andrew Stoney Robinson era teniente en el ejército inglés. Hallándose de guarnición en Newcastle-on-Tyne, había obtenido la mano de una joven heredera, miss Newton, que poseía una fortuna de treinta mil libras esterlinas.

Poco despues de su casamiento se desmbarazó de ella por una serie de crueldades, en las cuales solo mas tarde debía creerse, sometiéndola á toda especie de tormentos morales y físicos. Se entretenía, segun dicen, en estenderla violentamente y cabeza abajo sobre los peldaños de una escalera: la encerraba en camisa y aun enteramente desnuda, en los chiribitiles mas oscuros, y le daba por único alimento cada veinticuatro horas un huevo cocido, sin permitirle bebida alguna. Se añaden otros pormenores acerca de los cuales nada osaremos decir.

Exteriormente, Stoney Robinson mostraba sin embargo las apariencias mas seductoras. Hombre de agudeza y aficionado á los placeres, ostentaba su elegancia en todas las ciudades de baños y carreras de caballos; miembro influente de todos los clubs *fashionables*, jugador desenfrenado, gran partidario de las riñas de gallos, era uno de los *jockeys* mas decididos que se puede imaginar. M. Jesse Foot nos hace de él este retrato.

«Bowes, dice, se presentaba bajo los auspicios mas favorables, y sus maneras, sobre todo cuando era joven, solían granjearle la benevolencia de cuantos le trataban. Su hablar era dulce, su estatura elevada, su mirada penetrante. Nadie dominaba la expresión de su semblante; sus largas y espesas cejas eran casi rojas, sus cabellos rubios y su tez sonrosada; su sonrisa no carecia de atractivo, ni de viveza su genio, y únicamente tenia el defecto de reírse con harta frecuencia de las burlas que se permitía.

Mil egidas sociales parecían poner á Mary Eleanor Strathmore al abrigo de los ataques de un aventurero como Robinson; y antes de que este pensase casarse con aquella era menester desplegar todos los ardides de su astucia para introducirse en una sociedad naturalmente cerrada á los malvados de su especie. Desgraciadamente para la condesa todos sus domésticos no eran igualmente fieles y desinteresados.

El aya de sus hijos tenia una hermana que poco á poco vino á ser la confidente de la señora, y que Bowes supo ganar secretamente. Esta joven, llamada Elisa Plauta, debía casar con el capellan de la condesa M. Stephens, que tanto abusó de su influencia, seducido por las promesas de nuestro aventurero. Sucedió, pues, que Bowes, encontró medio de ser admitido en el palacio de Grosvenor-Square. Se ha llegado á decir que se hizo amante de Elisa á fin de obtener una alianza mas segura. Como quiera que sea, desde que pudo lograr conocimiento con la condesa, sus proyectos fueron incesantes y rápidos; bien pronto conoció los flacos del aquel carácter caballeresco, y la atacó por todos los medios que le suministraban sus antiguos hábitos de seducción. A las lisonjas galantes, recursos ordinarios de los que enamoran, agregaba las mas péfidas combinaciones.

Un adivino, entonces célebre, fué asociado á estos proyectos. Elisa Plauta se encargó de conducir á la condesa á casa del nigromante mercenario, cuyas predicciones, corroboradas por mil particularidades íntimas que Robinson podía suministrarle, hicieron profunda impresion en una imaginacion fácilmente escitable. Llegaron en seguida las cartas apócrifas con el sello de Durham, por las cuales una famosa beldad demandaba á la condesa el corazon del infiel oficial. En estas cartas se hallaban hábilmente ingeridas ciertas alusiones contra M. Gray, pretendiente admitido todavía y todavía temible.

Se le representaba como un adorador interesado, puesto en juego por los parientes del difunto lord Strathmore. Esto era hacer vibrar una cuerda sensible, y revolver contra la condesa las sospechas de que ella era tan susceptible. Todos estos manejos no eran sin embargo mas que accesorios, una especie de entrada en materia; se trataba de descargar mas tarde los grandes golpes.

El *Morning-Post* publicó á la sazón los mas virulentos ataques contra el carácter privado, las costumbres y la sociedad ordinaria de la condesa. Toda su vida era espuesta por el periodista á la malignidad pública, acompañada de insinuaciones altamente calumniosas.

Los epigramas eran acerbos; algunos otros fundados; todos ellos compuestos para herir profundamente un carácter susceptible. Los amigos de lady Strathmore descendieron imprudentemente al palenque abierto. Las justificaciones dadas en su nombre, fueron seguidas de réplicas nuevas y de nuevas imputaciones. Esta polémica se hizo cada vez mas animada, mas vehemente, mas amarga. El público se hallaba en expectativa; los amigos de lord Strathmore en nada intervenian, gozosos de pensar que tanto escándalo estorbaria un segundo himeneo, que perjudicase á los hijos del primero. Poco á poco, no obstante, la posicion de la condesa llegó á ser intolerable; escarneida todos los dias á los ojos de la Inglaterra entera, su cólera y su desesperacion no tardaron en romper los diques. Declaró altamente que á su vengador, si encontraba uno, le concederia el título y los derechos de esposo.

Hé aquí el estremo á que la habia impelido Stoney Robinson. El era autor anónimo de los libelos infamatorios; pero volviéndose de pronto con una audacia y una destreza sin igual contra el editor del diario, en manera alguna preparado para este ataque imprevisto, le provocó afrentosamente, le amenazó en el acto, le hirió de un sablazo, encontró medio de ser herido á su vez, y tendió en seguida su mano ensangrentada á la condesa, que completamente ciega, se dejó conducir al altar por tan adicto campeón.

Esta artimaña hizo caer en manos de un verdadero caballero de industria una fortuna brillante, castillos, dominios sin cuento y la única heredera de una familia noble entre las mas nobles. Este hombre de pronto enriquecido, saboreó largamente las delicias de su ilegítimo triunfo, y no partió de Londres, donde su palacio era frecuentado por una turba de aduladores solícitos, sino despues de haber apurado el placer de ser entronizado casi regiamente. Marchó luego al Norte, como un monarca que va á visitar sus estados. Parecióle una vision dorada; pero de todos ellos los que mas vivamente hirieron sus ojos ávidos, fueron los magníficos bosques de Gibside. Estendíanse por la ribera meridional del Derwent, cortados en varias direcciones por barrancos profundos y por prados abiertos, formando un círculo de algunas millas alrededor del caserio de Gibside.

Esta antigua morada acababa de ser reconstruida en un estilo perfectamente conforme con el de su arquitectura primitiva, y en él se veia una rica galeria de cuadros, donde Snyders y Rici disputaban el puesto á Rubens, Watteau y Poussin. El aspecto de esta noble mansion no inspiró mas que pensamientos de destruccion á nuestro audaz aventurero: apenas la hubo visto, puso el hacha en el tronco de las encinas seculares, y el martillo del comisionado ejecutor sobre el artesonado del viejo museo. Su avara precipitacion nada calculaba, y así se vió en parte castigada; los compradores, espantados por esta especie de sacrilegio, no osaron ó no pudieron adquirir toda la madera cortada: la mayor parte quedó en el suelo y allí se pudrió. Así es como Bowes inauguró una carrera de estravagancias, de tiranía y de ingratitud.

Elegido por Newcastle, fué á tomar asiento en el parlamento, vino á ser gran sherif del condado, quiso rivalizar en esplendor con la aristocracia, y habiendo reunido dinero de todas partes, recurrió á bajas intrigas para engañar á sus amigos, á sus banqueros, en una palabra, á todos aquellos que habian negociado con él. Jesse Foot, su cirujano, nos ha iniciado en los detalles característicos de esta inmensa dilapidacion.

Nos lo presenta abandonando su hermosa residencia de Grosvenor-Square, despues de haber dado allí varios banquetes parlamentarios, y para dejarla en arrendamiento, yendo á vivir en una casa á pupilo. En el parlamento hacia menos ruido que en las demas partes, y vendia discretamente sus votos silenciosos: como sheriff se creaba poco á poco elementos de influencia para llegar á representar mas tarde, no solamente Newcastle, sino todo el condado. Entre tanto, compraba á la familia de Shafto el señorío de Benwell, que no llegó á pagar nunca, pero sobre el cual encontró medio de que le prestasen cantidades asaz considerables. Vendió todo lo que pudo de los bienes inmuebles que tenia en Londres; vendió su casa de Chelsea; y se apoderó de todas las alhajas de la familia: mas de treinta mil libras esterlinas que se le confiaron como capital de las rentas constituidas.

Así era como soportaba dispendios enormes y tenia mesa de estado en Gibside, donde habia establecido el centro de sus manejos políticos. Las viandas eran espléndidamente servidas en una vajilla de las mas hermosas del reino; pero en el fondo de todas estas prodigalidades, no se sabe qué bajeza, como una mancha original, revelaba siempre la ruindad de la persona: jamás compraba, por ejemplo, mas que carruajes de lance, y sus tiros de caballos, que tanto le costaban, estaban siempre mal mantenidos.

En una palabra, este hombre tan rico carecia incesantemente de dinero; sus numerosos recursos no igualaban á sus continuos gastos.

Quedaron de él varias cartas escritas á un amigo en las cuales se pinta á sí propio mendigando todos los dias los socorros de su banquero, á quien lisonjeaba con bajeza para obtener empréstitos, y á quien llenaba de improperios cuando se negaba á sus exigencias intolerables. Por último, vendió una posesion á aquel amigo, seducido por las apariencias de un buen negocio; pero obligado á redimir una hipoteca hábilmente disimulada, el comprador se encontró engañado por una estafa.

Tal era Bowes en su exterior. Vamos ahora á verlo muy distinto en el seno de su familia. Sombrio y terrible, era uno de esos hombres en cuya presencia, como dijo un poeta, los niños cesan en sus juegos y enmudecen. Poseia el arte

de la iniquidad como si fuese educado en la escuela de Satanás.

La condesa, cuya increíble generosidad merecía otro premio, era entre sus manos el pobre pájaro que un juego cruel, un capricho diabólico, reprimen en su gozoso vuelo. No sería fácil explicar toda la amargura vertida gota á gota sobre esta existencia por gusto envilecida. Bowes, desde luego, observaba como marido la conducta mas escandalosa, no cuidándose en sus culpables relaciones de buscar á su esposa rivales dignas de ella. Su disolucion era aventurera y baja: sus criadas y las hijas de sus colonos eran por lo comun sus victimas; con frecuencia compraba á costa de muchos gastos los favores de alguna ramera afamada, importándole muy poco que sus infidelidades llegasen á noticia de su esposa. Habíase puesto en guardia contra el uso que ella pudiese hacer de todo esto, y por medio de un artificio satánico habia creído reducirla al silencio. Aquí brilla en todo su horror la odiosa hipocresía de este hombre.

Previendo que acaso algun dia su desgraciada esposa demandaría á las leyes su proteccion contra el trato cada vez mas insoportable de que era objeto, la habia obligado á escribir como espontáneamente, pero bajo su dictado, una abominable relacion llena de las mas infamantes confesiones. Esta obscena novela llevaba por titulo: *Confesiones de la condesa de Strahtmore*; los incidentes estaban en ella combinados con infernal destreza, de manera que concordasen perfectamente con las diversas fases de la vida que él se habia propuesto mancillar. Un solo absurdo destruía la verosimilitud: el hacer creer que una mujer distinguida por su carácter particular y por su rango, pudiera espontáneamente deshonorarse á si misma.

(Se continuará.)

EL AVELLANO DE ESPAÑA.

El avellano pertenece al género de plantas amentáceas que se encuentran en todos los climas templados de la Europa y de la América septentrional. En tiempo de los romanos, se cultivaba ya en Avelino, en el reino actual de Nápoles, y de ahí proviene sin duda el nombre de *avellana* que se da á su fruto. En el día se encuentra este árbol en algunas de las provincias meridionales de la Francia, y aun en ciertos parajes de Inglaterra, pero donde se cria en abundancia es en España en la vertiente meridional de los Pirineos; las tres cuartas partes de las avellanas que se consumen en Europa salen de España, principalmente de Cataluña.

La avellana de España se distingue de las otras por su tamaño, su color y forma. En ciertas localidades se ven algunas como nueces medianas: tiene prominencias mas ó menos marcadas en su cáscara, es redonda y de color oscuro. La avellana silvestre es por el contrario pequeña, larga, de superficie plana y blanquecina. Además hay la avellana roja, que se cria en el avellano franco, con la cáscara de un color rojo claro; tambien es larga, y las hojas del árbol que la produce son de un rojo oscuro. Esta avellana es buena cuando está tierna.

El cultivo del avellano en España es lo mas sencillo que pueda darse. Cada diez ó doce años se cortan de raíz los tallos que dan poco fruto y malo; y al pié del tronco brotan el mismo año muchos y fuertes vástagos que dan ya fruto al año siguiente. En cuanto al modo de propagacion

tambien es muy sencillo: cuando se han podado los tallos viejos, y los nuevos vástagos han nacido ya, se ponen estos en la tierra; al año siguiente echan raíces, y ya entonces pueden trasplantarse. Tambien propagan en España el avellano sembrándole; se echan las avellanas en surcos de 6 á 7 centímetros de profundidad, y se cubren de tierra; pero esta operacion debe efectuarse en el mes de noviembre y no



El avellano de España.

en febrero ó en marzo, porque el avellano sale difícilmente, á veces suele tardar un año.

Cultivado y propagado de este modo, el avellano crece con la mayor facilidad; poco le importa que el suelo sea calcáreo ó pedregoso, prospera por todas partes con tal de que esté en su zona, que es la de la Italia meridional, la de algunas provincias del mediodía de la Francia, la de la España, etc. Únicamente, conviene colocar los avellanos á lo largo de las paredes y contra las laderas de los bosques; si está en medio del campo, no hay mas que tener la precaucion de aislarle de los árboles grandes.